

CAPITULO XXII

Nueva peregrinación.

DE miedo de interrumpir nuestro relato ó de hacerlo más débil, tratándose de acontecimientos que se desarrollaron con tanta rapidez, no hicimos mérito de dos documentos notables que se publicaron después de la libertad del señor Juárez en Guadalajara. Uno fué el Manifiesto que expidió luego que estuvo al abrigo de la bandera francesa en el consulado de aquella nación, y es el siguiente:

«El Presidente constitucional interino de los Estados Unidos Mexicanos y sus ministros, á la ciudad de Guadalajara y á la nación:

«Por falta de constancias oficiales, no habíamos podido dar conocimiento al público de la situación que nos había creado el desbandamiento de las fuerzas que en los campos de Salamanca sostenían la Constitución y el orden legal. Pocas horas después de recibida una comunicación

del Sr. Degollado, única que de un modo auténtico, aunque en muy sencillos términos, nos había referido el suceso, nos reunimos á leer una circular que había escrito el ministro de la Guerra, mientras se formulaba un manifiesto. Acabábamos de leer aquella, cuando una de esas aberraciones, tan comunes, por desgracia, en la historia de nuestras revueltas, nos impidió todo trabajo.

«La guardia de palacio, dirigida por sugerencias de los Sres. Landa y Morett, quienes á su turno, según se dice, eran impulsados por personas de mucho influjo en esta ciudad, se echó sobre nosotros en el momento mismo de relevarse, poniéndonos inmediatamente presos con dos centinelas de vista. Fué, pues, imposible hacer manifiesto ninguno. Hemos permanecido presos tres días, en el último de los cuales, la noche del 15, nos trasladaron á la casa del Sr. Cónsul francés, en donde permanecemos, conforme á los convenios que al calce publicamos.

«Este incidente, que ha dado á conocer el entusiasmo y denodado espíritu del pueblo de Guadalajara, ha avivado nuestra fé, viendo la espontaneidad con que ha ocurrido la parte de la población más distinguida por sus luces y patriotismo á sostener la causa de la libertad y del orden en la ley.

«Es, por lo mismo, nuestro primer sentimiento, y será también nuestro primer desahogo, dar cordiales gracias á tan benemérita población, no tanto por su ilustrado celo y su singular valor bélico, porque, aunque bien las merece, esas brillantes cualidades le son ya reconocidas como habituales, sino porque ha sabido contenerse. Más que combatir, cuesta, en efecto, trabajo sofocar la justa indignación que causó la perfidia de aquellos á cuya guardia estábamos encomendados: cuesta trabajo no dar sobre el

enemigo aleve, cuando se ve uno más fuerte, cuando está seguro de aniquilarlo; cuesta trabajo no castigar la rebelión vencida y posponer la noble pasión de la justicia á consideraciones de interés político; sin embargo, esta generosa población lo ha hecho. Sabiendo que se hallaba comprometida la existencia del Presidente legítimo, y temiendo ver rota la bandera constitucional identificada con su persona, ha hecho callar todas las pasiones; se ha sobrepuesto heroicamente á todos sus instintos; ha refrenado su volcánico entusiasmo, ante la idea fecunda de conservar al representante de la Unión Nacional. Sean, pues, rendidas mil gracias por nosotros, como se las damos muy cordial y respetuosamente, y concedidas por la posteridad incesantes bendiciones á la magnánima y pensadora población de Cuadalajara, y á las muy dignas autoridades que por fortuna rigen sus destinos.

«Por lo demás, cúmplase la voluntad de Dios, que bien manifiesta se halla en favor de las ideas democráticas. Perdamos ó no batallas; perezcamos á la luz del combate ó en las tinieblas del crimen, los que defendamos tan santa causa, ella es invencible. La desgracia de Salamanca no es más que uno de los azares, harto comunes en la guerra. Pueden seguirse otros, puesto que apenas hemos abierto la nueva campaña; puede llegarse á ver de nuevo el país ensayando volverse el pupilo de 1821, como lo pretenden sus mil veces reconocidos por ineptos tutores: la democracia es el destino de la humanidad futura; la libertad su indestructible arma; la perfección posible, el fin adonde se dirige.

«Pueblos de México! ¡Tened fé en la posibilidad de restableceros! Un poco de energía, una ciega sumisión á la justicia, la proclamación y respeto de los verdaderos de-

rechos, volverán á la República la paz, no el sosiego, el espíritu de adelanto, no la sujeción servil; el reinado de la ley, no la aristocracia ridícula de nuestros vanos y mentidos redentores; el amor á Dios y al prójimo, no las hipócritas simulaciones de prácticas sin verdad ni sentimientos.

«¡Levantaos, pueblos de México! Un solo esfuerzo, y la antigua lucha entre la luz y las tinieblas se decide en favor nuestro. ¡Levantaos, y la explotación infame de los muchos para beneficio de unos cuantos, quedará destruída! ¡Levantaos, y la libertad, y su condición indispensable, el orden, se volverán entre nosotros una verdad, tan fecunda como lo ha sido en todos los pueblos que marchan en su senda, y el hombre se volverá el querido hermano del hombre, y en la naturaleza bruta continuarán las creaciones del arte, y los pueblos todos de la tierra envidiarán, en vez de compadecer despreciativamente, nuestra suerte!

«Las personas á quienes Dios ha impuesto por hoy el deber de representar vuestra voluntad en el sendero de la ley, están ya reconocidas como probas, sinceras, desinteresadas, firmes. Ayudadles, y todo está hecho: continuadles vuestra confianza, y fuertes entonces, harán cuanto la posibilidad humana permita, en cumplimiento de su obligación y de sus aspiraciones á la sólida gloria.

«Guadalajara, Marzo 16 de 1858.—*Benito Juárez*, Presidente interino constitucional de la República.—*Melchor Ocampo*, ministro de Relaciones, Gobernación y Guerra.—*Manuel Ruiz*, ministro de Justicia, etc.—*Leon Guzmán*, ministro de Fomento.—*Guillermo Prieto*, ministro de Hacienda.»

El otro es la proclama dirigida á los guardias nacionales de Guadalajara, que fueron los que salvaron aquella peliaguda situación, y dice así:

«El Presidente constitucional de la República, á los defensores de la libertad y de las leyes:

«Conciudadanos: Uno á vosotros, lleno de tierna conmoción, mis sentimientos de júbilo, porque celebramos el triunfo de la razón sobre la fuerza, la victoria de la independencia y de la dignidad humana, sobre los intereses de la ambición y del fanatismo.

«En los momentos de supremo conflicto, borrando las distinciones con que pretenden dividirnos los privilegios, realizando y haciendo patentes los deseos de los demócratas de corazón, habéis combatido juntos y hecho visible al soldado del pueblo, al pueblo del ejército, á las clases todas, confundándose y fraternizando en una aspiración á la libertad, popularizando el heroísmo, vulgarizando el sentimiento de la gloria, llorando las desgracias del hermano extraviado, reviviendo escenas que están iluminadas con los nombres de los caudillos de 1810.

«¿Qué podría decirse á la altura de vuestra propia elevación? Me he sentido orgulloso, conciudadanos, porque vuestro esfuerzo es la ratificación de los títulos legítimos que recibí del pueblo; porque mi valer como hombre es nada, comparado yo como expresión de vosotros mismos, y como representación visible de nuestra común causa.

«En esta faz de la gran lucha de la humanidad entre los que tiranizan y los que libertan; entre los que especulan y los que prodigan cuanto poseen por sus creencias, la victoria es digna de su teatro, porque Jalisco es una tierra consagrada por el valor y la libertad.

«Con esas creencias, que son la vida de mi corazón; con esta fé ardiente, único título que enaltece mi humilde

persona hasta la grandeza de mi encargo, los incidentes de la guerra son despreciables; el pensamiento está sobre el dominio de los cañones, y la esperanza inmortal nos promete la victoria decisiva del pueblo, á despecho de unos cuantos infelices, porque Dios es el caudillo de las conquistas de la civilización.

«¡Pueblo jalisciense! ¡Soldados del pueblo! ¡Amigos de la libertad! Levantemos nuestros votos de gratitud por su triunfo en nuestras sinceras bendiciones á la Providencia.

«Guadalajara, Marzo 17 de 1858.—Benito Juárez.»

Llenado este hueco que habíamos dejado intencionalmente, podemos proseguir:

Se vió ya que por circunstancias imprevistas, la animosidad que se había apoderado insensiblemente de los espíritus de Pedro y Adrián, había lanzado á los dos jóvenes á la carrera de las armas. Y se habían comprometido tanto en unas cuantas horas, que en lo de adelante ni el uno ni el otro podían retroceder. Pedro había ido de *motu proprio* á llamar á Landa para que se apoderara de los Supremos Poderes y esto por odio á Adrián, porque éste había manifestado que simpatizaba con la causa constitucionalista. Pedro no había leído de los periódicos más que los versos amorosos, sin preocuparse nunca de las cuestiones políticas. Tenía su padre que cultivaba la tierra con provecho en algunos buenos cañaverales: él también tenía que ser agricultor y estaba preparándose al efecto, porque siempre se iba al rancho cuando se necesitaban allí sus trabajos. Ahora hasta los caballos de su padre iban

á tener que servirle probablemente en sus futuras operaciones. Así se lo imaginaba.

Adrián, por su parte, sí leía los periódicos, y lo hacían inclinarse, de acuerdo con sus sentimientos personales, á la causa que á él en su criterio íntimo le parecía la más justa. ¿Acaso no era mejor que los hombres fueran libres? ¿Acaso no era una compasión pensar en la esclavitud de los turcos, los rusos, los chinos y tantos más, sometidos á la voluntad de un solo déspota? ¿No era preferible el gobierno de todos para todos, el gobierno de la igualdad, de la fraternidad y de la libertad, al gobierno caprichoso de unos cuantos que pudieran convertirse en sátrapas, en tiranos ó en dictadores?

Sus inclinaciones se iban, pues, al lado de los que él creía que abogaban por la libertad humana, pero sin soñar siquiera en que alguna vez pudiera poner ni un granito, por insignificante que fuera, en los platillos de la balanza política de la nación. ¿Por qué había de pensar él en política si no era más que un pobre dependiente? A lo sumo haría alguna pequeña fortuna en el comercio, á lo más llegaría á ocupar un puesto de honor en el municipio; pero no se imaginaba que llegaría á más, ni mucho menos que sería militar. ¡Eso nunca!

Y sin embargo, habían bastado para precipitarlo en el caos revolucionario, unas cuantas líneas de su idolatrada Refugio. ¡Ah! ¡cuánto lloró ella después de haber cometido semejante imprudencia! ¡Cuán arrepentida estuvo de haberse metido en lo que no le importaba!

Aquellas cuantas letras eran las que habían decidido á Adrián, también sin hacer ninguna reflexión ni pensar en las consecuencias.

Sabía un secreto, del cual podía servirse para hacer

un bien, y no se detuvo en otras consideraciones. Lo que pudiera sobrevenir, que sobreviniera.

Y sobrevino que cuando no había ido sino como uno de tantos á dar un aviso saludable, conoció de cerca al Presidente y á sus ministros y se dijo en su interior:— Pues positivamente unos hombres que podían estar muy bien en sus casas, no han de venir exponiendo sus vidas y pasando trabajos sólo por ambición. Estos deben tener algún fin noble. Sobre todo, el Presidente con su traje negro, muy sencillo, sin ninguna insignia, vestido como cualquiera otro ciudadano, de veras parece que representa la ley, que es la ley misma con toda su severidad. Un hombre tan abnegado, tan sencillo, tan humilde, tan dispuesto á sacrificarse, merece ser defendido por todos los hombres honrados, y yo no sé cómo no vienen siguiéndolo miles y miles de hombres de buena voluntad. ¿Y cuándo es cuando debe seguirse y defendérsese? Pues ahora que es cuando lo necesita. En consecuencia, yo tengo que ser uno de los últimos, pero no menos fervientes de sus defensores. Yo lo defenderé hasta donde me alcancen mis fuerzas, mi valor y mi inexperiencia; yo lo defenderé, porque en él no defiende sólo á una personalidad, sino á una bandera, á una institución, á una patria. ¿Qué es lo que yo sé hacer para poder defenderlo? ¿Qué sé yo de guerras ni de milicias? Pues me colocaré en el lugar que me corresponde. Sé montar tal cual á caballo, sé disparar una pistola, tengo el puño sólido para manejar un sable, pues seré guerrillero! Y mucho adelantaré si puedo ser jefe de una guerrilla, si puedo desplegar energía para hacerme obedecer y conquisto algún prestigio en el combate para inspirar confianza á mis subordinados, lo mismo que para infundir temor al enemigo.

—¡Manos á la obra!

Y entonces fué cuando pidió con toda modestia un despacho de guerrillero á don Benito. El lo vió muy joven, pero dispuesto, y también se dijo interiormente:

—De esta, de esta nueva generación es de la que necesita el gobierno para que se salven las libertades en el presente y en el porvenir.

Cuando Adrián recibió su autorización de manos de Iniestra firmado por el mismo don Benito Juárez como se lo había ofrecido, la besó dos veces y exclamó:

—Ya estoy armado caballero.

Hemos dicho que era inclinado á leer novelas.

Y de allí corrió á ver á un amigo á quien contó lo que le pasaba. Este le ofreció dos muchachos buenos: éstos á su vez tenían otros amigos ganosos de entrar en la bola y así, en menos de una hora, tuvo formada su guerrilla con un segundo y siete subalternos. Ya cuando estuvieron en el campo de la acción, lograron reunir veinticinco ó cincuenta.

—No hemos de descansar hasta que tengamos doscientos, le dijo Tomás, así se llamaba su segundo, amigo y condiscipulo de escuela.

—Pues si llego á tener doscientos tan valientes como ustedes, exclamó Adrián, entusiasmado y sonriendo, tomo á Guadalajara.

¿Qué había pasado en el pueblo entre tanto? Lo diremos en breves palabras.

La gente se despertó creyendo que iba á presenciar cosas extraordinarias. Todos sabían que estaban allí los Supremos Poderes, defendidos por un grupo de soldados mandados por un oficial valiente, pero al cual se le había

agotado el parque y estaban seguros de que sucumbirían cuando Landa atacara en esta madrugada con todos sus elementos.

Lo primero que advirtieron fué que la torre y la iglesia estaban vacías. En seguida supieron que en la casa que ocupaban los Supremos Poderes, sólo había quedado un coche casi abandonado y muchos curiosos contemplaban la horadación que había hecho Adrián en la tapia á la espalda de dicho alojamiento.

—Por aquí se fué don Benito con sus ministros, dijo una mujer.

Y toda la mañana se estuvo visitando aquel lugar por los mil y tantos habitantes.

En seguida se supo que en las orillas de la población había unos cadáveres. Tres de ellos fueron identificados. Pertenecían dos á la servidumbre del padre de Pedro. De éste nada se supo, algunos lo suponían incorporado con Landa.

Pero ¿y Landa?

Este que consideraba por una parte de mal agüero tener en su poder al gobierno constitucionalista prisionero, debido á lo cual seguramente se le habían desertado trescientos soldados aquella noche de la reclutada en Guadalajara, y urgiéndole por otra parte incorporarse con Osollos cuanto antes, pues suponía que detrás de los Supremos Poderes debían venir tropas suficientes con toda seguridad, levantó el campo temprano y siguió su camino, el camino que él creía le llevaba no sólo á la salvación, sino á los honores, á los ascensos y á la dicha militar, que es el botín en la victoria. ¡Y quería entrar victorioso á Guadalajara, ya que había salido entre las maldiciones, por haber dado libertad á todos los sentenciados de la cárcel!

Le había hecho á la ciudad un regalo de quinientos criminales que habían saqueado el palacio y los alrededores, pero que habían hecho un mal mayor todavía ¡quemar los archivos!

La que estaba inquietísima era Refugio, y tanto, que por fin salió con pretexto de ir á misa, pasó por la tienda y se atrevió á preguntar al dependiente que era muy su conócido:

—Buenos días, Francisco, que, ¿no ha venido Adrián?

—Adrián no volverá.

—¿Cómo que no volverá?

—Anoche vino y me dió esta carta para el patrón, diciéndome:—Se la das y le dices que le pido perdón porque lo abandono; pero que me he comprometido tomando parte en la revolución, que el Presidente me ha dado una autorización de guerrillero y que tengo que salir hoy mismo á cumplir con mis nuevos deberes.

Refugio estuvo próxima á desfallecer, diciéndose en su interior:

—¡Yo, yo tengo la culpa! Quiso, pero no pudo hacer esta otra pregunta:

—¿Y para mí no ha dejado Adrián ninguna carta?

Lo que hizo fué volverse á su casa y meterse á su cuarto á llorar.

Hé aquí cómo los Supremos Poderes iban levantando ampollas por donde quiera que pasaban. Bien es que en esta vez la peregrinación iba á ser muy larga: Colima, Manzanillo, San Francisco, Panamá y Nueva York, para ir á desembarcar en Veracruz en momentos muy críticos.

CAPITULO XXIII.

Expiación.

EL triunfo que obtuvo el gobierno de Zuloaga sobre la coalición, fué fácil, pero algo costoso; no sólo porque se tuvo que echar mano de todos los principales elementos, sino porque se dió tiempo de organizarse á los liberales de Oriente, del Sur y del Norte. Es cierto que se libraron casi todos los días combates de mayor ó menor importancia en que con harta frecuencia por de pronto quedaba el triunfo por los conservadores; pero los combatientes surgían como del fondo de la tierra, y por todos lados se presentaban nuevos campeones, así como había brotado Adrián, por simpatías á la causa de la Constitución. Y como principales figuras se destacaban en Oriente La Llave y Alatríste. En el Norte Vidaurri, Aramberri, Zuzua, Escobedo y Garza, y en el Sur siempre la familia del patriarca Álvarez y algunos otros que apenas alcanzaban alguna nombradía.

Por eso fué que Osollos, cuando llegó á Guadalajara, urgido por el gobierno que le daba prisa, convino en los términos que le propuso Parrodi para la capitulación, no obstante que sabía que en tres ó cuatro días podía aplastarlo, porque no tenía momentos que perder. Que á nadie se persiga. Está bien. Que los militares que quieran servir conserven sus grados. Convenido. Que se den pasaportes á los que los quieran. Aprobado. Y si Parrodi hubiera exigido que se dejara ir armados á los que quisieran seguir la revolución en el Sur de Jalisco, Osollos hubiera consentido, porque lo que quería era salir pronto del atolladero. Parrodi no pensó en esto último, porque no entraba en sus ideas que el ejército pudiera combatir más que en grande, y así lo había manifestado á los que le proponían que evacuase con sus fuerzas á Guadalajara:

—Yo no hago la guerra del bandidaje en que haya necesidad de vivir sobre el país: yo soy general, no soy guerrillero.

Esto es, ó combatía con elementos ó se iba á su casa. Y la prueba de que Osollos estaba urgido, fué que no destacó ninguna fuerza sobre el gobierno que se dirigía á Colima ni sobre los grupos de hombres armados que iban á crecer en el Sur de Jalisco con el gobierno de don Pedro Ogazón, y dejó al general Casanova fortificado con unos mil y setecientos hombres, destacando dos divisiones para San Luis y Zacatecas, mandada la segunda por el que ya era su brazo derecho, pues Osollos era manco, por el general Miramón, que iba á ser el gran Macabeo, la estrella de los conservadores *pour sang*. Osollos, luego que creyó dejar así arregladas lo mejor posible las operaciones militares del interior, se dirigió en la diligencia á la Capital, en donde su presencia era

exigida con apremio, porque Zuloaga abrigaba temores de que se diera allí mismo un golpe de mano.

Las fuerzas liberales, procedentes del Norte, con un magnífico tren de guerra, acediaban á San Luis Potosí con unos cuatro mil hombres, mientras la plaza era defendida por dos mil, dirigidos por algunos de los más famosos generales de la reacción.

El auxilio que se les mandaba no podía ser más oportuno, tanto más cuanto que el plan de Osollos era destruir completamente al ejército del Norte, para que pudiera extenderse la acción del gobierno á los Estados de la frontera que permanecían fieles, con excepción de Tampico, á la causa de la Constitución.

Pero Miramón, aunque hizo marchas rápidas, se entretuvo un poco estableciendo autoridades en Aguascalientes y atacando á las fuerzas del gobierno de Zacatecas, que por ser débiles evacuaron la ciudad, y dejó allí de gobernador y comandante militar al general Manero, apoyado por una brigada de setecientos hombres que mandaba el coronel Antonio Landa, quien iba á ser ascendido á general por su pronunciamiento de Guadalajara. Respecto de este individuo, hay que decir de paso que los conservadores de aquella ciudad pidieron su destitución y su proceso porque había dejado escapar á Juárez y sus ministros, desperdiciando la oportunidad que se presentaba para poner término á la guerra, una vez que desaparecido el gobierno, los beligerantes que había en el país iban á quedar sin bandera; pero Osollos y Miramón, aunque convinieron en que las razones que se aducían eran razones de peso, creyeron que no era el momento oportuno para usar de rigor contra los que habían defecionado en las filas contrarias, porque eso desanimaría á otros que tuvieran igual

intención, y antes bien determinaron pedir á México el ascenso á general de Landa por haberles facilitado la ocupación de la capital de Jalisco, pues que sin duda ninguna á él se debió que el gobierno prófugo de México y Guajuato no pudiera organizar allí una buena defensa, cosa en que tal vez no pensaron los Supremos Poderes, ya por estar aturcidos con el desastre de Salamanca ó por las dificultades que se presentaron para adquirir recursos sin emplear la violencia.

Sea como fuere, Landa había quedado de segundo en jefe en Zacatecas y con la expectativa de ceñirse la banda de general dos ó tres semanas más tarde. Los acontecimientos lo dispusieron de otra manera.

Una vez que Miramón creyó dejar bien establecido el nuevo gobierno de religión y fueros en Zacatecas, al cual el pueblo de aquel Estado era muy refractario, se dirigió á las volandas para San Luis Potosí, pues con mucha frecuencia recibía extraordinarios en que se le decía que si no se apresuraba, llegaría tarde, porque la plaza se encontraba debilitada y próxima á sucumbir.

Vidaurri, jefe del ejército del Norte, que tenía buenos exploradores, supo con toda oportunidad cuáles eran los movimientos y cuáles las intenciones de Miramón, y juzgó suficiente destacar unos dos mil hombres, con instrucciones al jefe que los mandaba de embarazarle su marcha sin librar ningún combate decisivo. Casi todos eran soldados de caballería, y su misión era atajar primero en el punto llamado Puerto de Carretas al ejército de Miramón y en seguida molestar sus flancos y su retaguardia para ocasionarle detenciones y pérdidas.

Aunque Miramón marchaba con las precauciones de la guerra, había entrado confiado al desfiladero que ter-

mina en el Puerto de Carretas; y una circunstancia casual hizo que se descubriera que allí estaba el enemigo emboscado. Hicieron explosión algunas bombas ó granadas de la artillería que iba á la vanguardia, las que estallaron sólo por alguna imprudencia, y los del Norte, creyéndose descubiertos, salieron de sus escondites antes de tiempo para sostener el combate. Esto dió oportunidad á Miramón para reconocer las posiciones enemigas, preparar sus columnas y organizar un ataque en toda regla.

Los primeros disparos de los *tagarnos* del Norte hicieron destrozos en las filas del ejército de Miramón. Habían sido colocados á la vanguardia los mejores tiradores con buenas armas y abundante parque, así es que casi no disparaban un rifle que no hiciera una baja en el enemigo, lo cual hizo pensar al Macabeo en que tenía que habérselas con un enemigo de importancia, y cambió su táctica dejando de atacar de frente para mandar columnas que rodearan la formidable posición; pero como la artillería no tenía otro camino más que aquel, él se vió obligado á forzar el paso con la principal columna, haciendo uso de frecuentes tiros de metralla.

La resistencia del enemigo era ya muy debil, casi no quedaban en las alturas más que unos veinte ó treinta hombres, de los cuales unos cinco ó seis, que fueron cortados, quedaron hechos prisioneros.

—¿En dónde está el enemigo? preguntó Miramón á los jefes de las columnas que habían ido á hacer un rodeo muy penoso para atacar de flanco.

—No lo hemos visto; pero probablemente va desbandado.

—En ese caso hemos obtenido la victoria. Que se toquen dianas.

Y se tocaron las dianas y se dió sobre la marcha un parte al gobierno de México en que se le decía que el enemigo había mordido el polvo, y que el ejército de las tres garantías había obtenido la más espléndida de las victorias.

Sin embargo, aquel enemigo mandado por Zuazua, se había retirado compacto por una hondonada, quedando muy poco después á la retaguardia de Miramón para levantar el campo que aquel había abandonado, y no cualquiera cosa, sino dejando trescientos heridos y seiscientos muertos, muchas armas y muchas municiones y hasta carruajes de los jefes y carros con vestuario, todo lo cual fué recogido como botín por los fronterizos.

Zuazua, obedeciendo las órdenes que sobre la marcha había recibido de su superior, tomó al día siguiente muy tranquilo su camino para Zacatecas, llegando allí cuando menos se le esperaba. ¿Y cómo había de esperarse, si apenas acababan de repicarse las campanas porque Miramón lo había destrozado? ¿Y cómo había de ser posible, además, que el enemigo llegara por un camino que Miramón acababa de recorrer victorioso?

Peró el hecho fué que Manero y Landa, desde La Bufa, descubrieron las blusas coloradas de los *tagarnos* y vieron su polvo que se extendía por algunas millas, lo cual hacia suponer ó que el enemigo venía marchando muy escalonado para hacer más bulto, ó que realmente era numeroso. Ya era sabido que algunas veces se recurría al ardid de arrastrar grandes ramas con objeto de levantar mucho polvo y amedrentar á los que se encerraban en las plazas débiles que no tenían grandes elementos de defensa.

Fuera lo que fuera, Manero acordó con los suyos ha-

cerse fuerte en la magnífica posición de La Bufa, una vez que ya no se podía evacuar la ciudad sin exponerse á ser alcanzados muy pronto, supuesto que el enemigo lo formaba un trozo de caballería superior.

Una vez tomada esta resolución, se subieron á las alturas los cañones que había en la plaza, se distribuyeron las fuerzas y la artillería en la ciudadela, en la iglesia y en los demás puntos ventajosos, que fueron violentamente fortificados, y se esperó el ataque que el enemigo había de dar al día siguiente.

Peró Zuazua no era hombre á quien le gustara perder el tiempo en reconocimientos: conocía ya la posición, sabía cuáles eran sus puntos más fuertes y sus puntos más débiles, y comenzó por éstos dominándolos fácilmente.

Luego que ya tuvo en su poder tres cañones quitados al enemigo, improvisó artilleros y simuló un ataque falso con ellos, mientras una columna atacaba la capilla por el flanco, apoderándose de ella, de sus defensores y de su artillería.

Parecía que la obscuridad de la noche había de serles contraria á los que atacaban; pero como todos eran soldados de confianza que no se desbandaban ni retrocedían, y como todos estaban acostumbrados á trepar montañas, á hacer fuego con el pecho á tierra, á arrastrarse con facilidad y con prontitud sin que casi se notaran sus movimientos, y á distinguir los objetos con la luz incierta de las estrellas, aparecían repentinamente donde menos se les creía y pocas veces presentaban antes bastante bulto al enemigo. Así fué como fueron casi sorprendiendo posición por posición. La gente de Manero se defendió con vigor, pero casi contra enemigos invisibles. Disparaban sus ar-

mas, hacían fuego cerrado de artillería y fusilería, llovía la metralla en la ciudad, pero no se causaba la menor herida á los *tagarnos* sino cuando ya se presentaban á boca de jarro, rindiendo la posición á tiros y á golpes hendientes de marrazo.

Estaban ya tomados en seis horas cinco fuertes bien artillados y municionados; pero faltaba el más importante que era la ciudadela, defendida por los jefes principales Manero y Landa, y podían allí tener como trescientos hombres que era como si tuvieran tres mil, por las ventajas que les daba la posición.

Lo que temía más el general, Zuazua, entonces era coronel, era que viniera la luz del alba y que los sitiados vieran con la baraja con que estaban perdiendo. Sus soldados eran valientes, pero no tenían aire marcial, ni mucha disciplina, ni orden alguno definido para el combate. Es cierto que tenía en aquella cima como unos mil y pico de hombres, por haber mandado desde antes á muchos piquetes numerosos con algunas comisiones; pero éstos no eran para atacar fortalezas en columnas cerradas ni abiertas, sino que cada cual se *agazapaba* y peleaba como podía, aunque siempre con buen éxito. Y así dispuso atacar la ciudadela antes que amaneciera, aprovechando sobre todo el ardor con que se combatía con el sebo del botín, que era lo que más seducía en los combates á aquellos buenos *tagarnos*.

En esa virtud dictó sus superiores disposiciones.

En primer lugar, colocó sus baterías lo más abrigadas posible, no para que abrieran brecha en los muros, lo cual era muy difícil, sino para que se hiciera ruido, mucho ruido, el mayor ruido posible para amedrentar al enemigo ó llamar hacia aquel lado toda su atención, como proba-

blemente sucedió, mientras que, conforme á su táctica vieja, por los flancos y la retaguardia se aproximaban los asaltantes arrastrándose como culebras y cubriéndose con los peñascos.

A una señal convenida, todos habían de levantarse al mismo tiempo y lanzarse al asalto.

Sea porque ya estuvieran amilanados los defensores de la ciudadela, ó porque fueran sorprendidos cuando aparecieron los de Zuazua rodeando el edificio, el caso fué que ya hubo muy poca resistencia y que los soldados voltearon las culatas de los fusiles gritando:

—¡Estamos rendidos! estamos rendidos!

Cuando Landa y Manero se vieron completamente dominados, quisieron abrirse paso por el frente con unos cincuenta hombres que calaron bayoneta; pero allí estaba ya Zuazua con su reserva, el cual gritó con voz de trueno:

—Si no se rinden mando hacer fuego.

Todos los soldados bajaron las armas, pues una descarga á quema-ropa hubiera acabado con ellos.

Entonces Manero, Landa y otros jefes y oficiales que estaban en el grupo, entregaron las espadas constituyéndose prisioneros.

Zuazua tomó posesión de la ciudadela y de sus elementos cuando se veían despuntar ya los primeros albos de la mañana.

Una vez que hubo dictado las disposiciones del momento para que se levantara el campo y se atendiera á la tropa que no había comido, se dirigió á una sala acompañado de sus oficiales superiores para tratar sobre los prisioneros.

Había entre aquellos fronterizos un joven inteligente,

pero de una severidad intachable como Robespierre, que tenía allí mucho prestigio, principalmente porque fungía como secretario y como consejero de Zuazua, el cual exclamó con los ojos relampagueantes como si todavía repercutiera en ellos el fragor del combate:

—Señores: nosotros representamos al pueblo y tenemos que hacer en su nombre completa justicia. Hay entre los prisioneros un traidor que necesita ser castigado, y hay una ley vigente sobre conspiradores y rebeldes que condena á los demás á muerte. No somos nosotros más que los ejecutores de esa ley, y debemos cumplirla si acaso somos patriotas por una parte, y leales por la otra al supremo gobierno. Ni siquiera podemos deliberar sobre un punto que está ya resuelto.

Estas palabras fueron bien acogidas por los que estaban allí presentes, cuya cólera por la sangre que se acababa de derramar no estaba aún aplacada, y todos, cuando se les preguntó qué pena debía aplicarse á los prisioneros, contestaron sin vacilación:

—¡La de muerte!

Pero eran sesenta los oficiales y jefes prisioneros, y entonces el Tribunal Militar hizo excepción de casi todos los subalternos, quedando sólo sujetos á la terrible pena: el general de brigada Antonio Manero, el coronel de infantería Antonio Landa, el teniente coronel comandante de la artillería don Francisco Aduna, el comandante de escuadrón don Pedro Gallardo y el capitán de artillería don Agustín Dreshi, estos últimos porque prolongaron la resistencia sin necesidad en San Agustín y Santo Domingo, cuando ya todos los otros puntos estaban rendidos á discreción.

Inmediatamente fueron puestos en capilla (27 de

Abril) para ser ejecutados el día 30 á las seis de la mañana.

Landa no se escapó de recibir reproches en su última hora.

Un centinela volvió á él la cara cuando lo sacaban de la capilla para llevarlo al patíbulo, y le dijo con saña implacable:

—Así se castiga á los traidores. Ahora vas á pagarla, bandido!

